

DAVID GUYMER

LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX

MATADOR



WARHAMMER[®]
THE END TIMES

LA CAÍDA DE GOTREK GURNISSON. LIBRO 2

DAVID GUYMER

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

MATADOR

timun**mas**

Título original: *Slayer*
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta: Slawomir Maniak
Ilustraciones de interior: Winona Nelson
Mapas: Nuala Kinrade

Primera edición: febrero de 2017

Slayer, Matador, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2015 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2015

© De la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0336-7
Preimpresión: Ediciones del Simio, S.L.
Depósito legal: B-13551-2016
Impreso en España por Blackprint

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



CAPÍTULO UNO

El Que Cambia

Se rumoreaba que hasta los dioses habían acudido a la defensa de Altdorf, pero ni siquiera Taal podía echar una mano en este rincón del Gran Bosque de Hochland.

—¡Estamos condenados! —exclamó con un aullido Markus Weissman, hasta que su voz se quebró y se convirtió en un sonido truncado más en medio del estrépito de pezuñas hendidas y alaridos humanos.

Los hombres de su unidad siguieron presionando desde cada lado, y él podía oler su sudor y la mugre en sus libreas verdes y rojas; podía sentir el temblor de sus cuerpos que se prolongaba a las lanzas mientras recuperaban la formación schiltron en la cima de la colina y levantaban los escudos. Un hombre bestia partió de un porrazo un escudo y se produjo una explosión de astillas, seguida de los gritos de terror, hasta que un par de hombres consiguieron juntarse para empujar a la criatura y cerrar la brecha en la formación.

—¡Sangre de Hochland! —bramó el sargento Sierck. Tenía el jubón desgarrado en un hombro. Llevaba la capa reversible con el lado verde

hacia dentro y el rojo hacia fuera para disimular la sangre que convertía en una máscara truculenta su cara, la barba e incluso los dientes mientras arengaba a los hombres.

—¡Estamos condenados! —exclamó de nuevo Markus con un sollozo a la vez que clavaba a ciegas la lanza en el cuello de un hombre bestia.

El monstruo con cabeza de cabra soltó un balido y se desplomó de espaldas, todavía con la punta de la lanza alojada en la garganta. Markus soltó el asta del arma con un grito y a duras penas consiguió desenvainar la katzbalger, la espada de hoja corta con la que apenas estaba familiarizado y que representaba el último recurso de la infantería imperial.

Paralizado, examinó brevemente la hoja barata y llena de impurezas y le pareció muy apropiada.

Una lanza pasó por encima del hombro de Markus y atravesó el ojo de un hombre bestia, que se tambaleó alocadamente y se ensartó en la espada de Markus. Una bilis caliente y fétida le impregnó la mano y le salpicó las botas. Le recordó los fluidos que solía ver encharcando los campos de sus vecinos en la época de parición; la escena era igual salvo en un detalle importante: la bestia destripada estuvo emitiendo un balido ensordecedor hasta que la lanza de otro hombre la espetó por la boca. Asqueado, Markus extrajo la espada del cuerpo del animal moribundo y lo empujó con el escudo. El hombre bestia dio una sacudida y cayó rodando por la pendiente. Markus se encontró de pronto sin un oponente delante.

Quiso tomar una bocanada del aire cargado y acre y sintió como si sus costillas fueran un torno alrededor de los pulmones. ¡No podía respirar! La imperiosa necesidad de oxígeno lo llevó a quitarse el casco abollado de la cabeza; lo dejó caer. El viento alpino se filtró alegremente a través de su barba. Sin el estorbo del protector de mejillas del casco, Markus pudo ver la horda de hombres bestia en toda su espantosa extensión.

Estaban condenados.

El claro rocoso que el general Von Baersdorf había escogido para enfrentarse a los hombres bestia que los venían hostigando desde Hergig medía casi una legua de largo y aproximadamente una cuarta parte de esa distancia de ancho, y en su extremo norte el suelo ascendía en una pendiente constante hasta formar la pequeña colina sobre la que estaban

ahora. Y en toda esa extensión no había un palmo de roca que no estuviera ocupado por una docena de bulliciosos monstruos. Los arqueros y los jinetes que Von Baersdorf se había apresurado a desplegar para defender los carros con cañones y los suministros de la columna habían sido aniquilados y ahora los despojos se habían convertido en un hervidero de hombres bestia. De vez en cuando revoloteaba un jirón rojo por encima de los carros saqueados, que no era otra cosa que los restos del estandarte del general del que sus asesinos se habían apropiado para exhibirlo como un trofeo.

En medio del caos llegaban con debilidad los gritos de mujeres y niños. Markus llevó la vista más allá del corazón mutilado de la retaguardia de la columna, hacia el borde meridional del claro. Un asediado círculo de alabarderos mantenía a distancia a los hombres bestia mientras los aterrorizados carreteros trataban de formar con los vehículos un círculo defensivo alrededor de las familias de los soldados. Bajo una nube de humo que ocultaba la parte superior de los carros, los afamados pistoleros de Hochland repartían muerte con sus atronadoras armas de fuego por encima de las cabezas de los alabarderos.

Una nota grave, larga y que hizo vibrar los huesos retumbó por encima del fragor infernal.

El guerrero del Caos se alzaba, sobre las bestias que le servían, como un icono para todos los impíos, flanqueado por hombres del norte a lomos de robustos y malhumorados ponis. Los hombres del norte tenían los musculosos cuerpos cubiertos de extraños e inquietantes tatuajes y portaban toda clase de estandartes, gongs y otros instrumentos, pero ni siquiera como grupo podían competir en tamaño ni en presencia con su paladín, cuya pesada armadura era del oscuro color azul del cielo del norte y estaba recorrida por unas runas blancas como el hielo que, si bien Markus era incapaz de leerlas, poseían el significado último de la muerte. Desde el yelmo sellado, dos discos de fuego de bruja brillaban con el frío desprecio de los inmortales hacia sus dominios terrenales, y su lento avance era la abertura de un pozo, de unas grandes fauces, de una sima donde resonaban los pasos de la condenación.

Parecía estar buscando algo. O a alguien.

Markus gimió de pánico. Él era un granjero, no un guerrero. Cuando los soldados de Hergig habían pasado por su tierra de camino a Wolfen-

burgo, él debería haberse quedado en casa. Mejor morir donde lo habían hecho su esposa y su bebé. ¿Por qué Ostland había corrido mejor suerte que la provincia vecina? Alzó los ojos llenos de lágrimas al cielo, con una imprecación a los dioses dentro del pecho. Incluso el cielo estaba herido, y los bancos de deshilachadas nubes matinales mostraban las cicatrices de los cometas que seguían cayendo todavía a pesar de los meses que habían transcurrido desde la destrucción de Morrslieb.

¿Qué clase de refugio podría hallarse en Wolfenburgo o incluso en Middenheim cuando ni siquiera los cielos eran un lugar seguro? Había...

Una mano agarró con una fuerza no exenta de delicadeza a Markus y tiró de él para sacarlo de la primera línea de la formación. Ernst Höller le encasquetó el inútil casco encima de las orejas y Markus dejó de oír con tanta nitidez y su campo visual se redujo. Höller lo miró con una expresión de preocupación en el rostro arrugado y rubicundo. Había sido zapatero, el mejor que podía permitirse un granjero con sus ingresos, y Markus aún calzaba unas botas suyas.

—¡Mira! —bramó Höller, señalando el tramo del bosque que se extendía en el extremo oriental del campo de batalla.

Destrozado moral y físicamente, Markus apenas si fue capaz de hacer lo que le pedían. Cuando se volvió, vio que las flechas segaban por la espalda las filas de hombres bestia que corrían a la carga y dejaban un campo de muerte con forma de medialuna en el que irrumpió una masa de soldados rugiendo desde la linde del bosque, enarbolando espadas, mazas, alabardas y martillos. Algunos hombres también contaban con escudos, aunque no había dos del mismo color ni con igual motivo; mientras que otros arremetían contra el enemigo empuñando dos hachas y con un furor arrebatado. Su atuendo había sufrido de manera similar los estragos de la guerra. Markus distinguió los colores de Ostland, Talabheim y otros que debían de pertenecer a provincias mucho más lejanas porque no los reconoció. Y estaban todos mezclados. Markus se quedó mirando a un desgreñado hombre barbudo que blandía una hacha y llevaba puestos los pantalones blancos y negros de Ostland y un ajironado jubón de color burdeos. El guerrero bloqueó el hachazo de un hombre bestia con su arma y luego lo derribó de un golpe con el escudo. El único uniforme que era común en aquel ejército tenía los colores marrón y rojo: sangre, herrumbre y barro del bosque.

Uno de los recién llegados parecía más cómodo que el resto con su lamentable estado, y a pesar de la batalla que seguía retumbando a su alrededor, Markus no fue capaz de apartar la mirada de él.

Se trataba de un hombre alto, vestido con una cota de malla de aspecto resistente pero con evidente desgaste y una capa roja hecha un andrajo. Una corona de pelo rubio iluminaba su cabeza y despedía un brillo dorado a la mortecina luz de la mañana que conseguía traspasar las nubes. Blandía una ornada espada larga con la destreza de un caballero ducho en torneos y se deslizaba entre los hombres bestia como si éstos tuvieran las pezuñas recubiertas de plomo, gritando palabras de ánimo a los que lo acompañaban. Sorprendentemente, estos hombres parecían luchar con más fiereza y un poco mejor cuando él pasaba junto a ellos.

—¿Quién dice que en el norte no hay héroes? —preguntó Höller.

Markus volvió a mirar y sintió una inyección de ánimo cuando vio que el hombre de la capa roja se interponía de un salto entre un soldado con aspecto de derrotado y los tres hombres bestia que lo acosaban. Uno de ellos cayó al momento; luego el segundo. Mientras contemplaba los movimientos de la espada rúnica del hombre, Markus pensó de inmediato en los poderosos colmillos rúnicos, pero el Azote de los Goblins de Hochland había desaparecido. La propia Hochland había desaparecido. El tercer hombre bestia luchó como si los dioses estuvieran observándolo mientras se apiñaban a su alrededor más criaturas monstruosas. Markus no pudo verlo, pero justo cuando parecía que el hombre estaba a punto de sucumbir, fueron los hombres bestia los que gritaron y trozos de cuerpos monstruosos los que volaron por los aires, como si acabara de estallar una bomba debajo de ellos. Una ensangrentada cresta de brillante pelo rojo surgió de la carnicería, y el enano más grande y ensangrentado que los ojos de Markus habían visto jamás se abalanzó de pronto sobre el tumulto de hombres bestia, como un embravecido minotauro blandiendo un hacha.

—¡Manteneos firmes! —bramó Sierck.

Markus achacó en un principio el momento de flaqueza de sus camaradas a la visión de aquel enano enloquecido, pero entonces advirtió la verdadera causa y se puso a temblar, mientras la fugaz esperanza que lo había alentado se evaporaba. Ernst Höller agarró con fuerza el escudo y gimió.

No era un tiempo para los hombres; eran días de leyendas y de destinos, de dioses encarnados en seres mortales con el objetivo de reanudar las grandes luchas del pasado.

Era el Fin de los Tiempos.

Y el guerrero del Caos había coronado la colina.

Félix Jaeger luchaba rodeado por un amasijo de figuras y de sonidos. Estaba cercado por una tapia de gritos y de carnicería, y la sola acción de respirar le dejaba un resabio de menudillos crudos en la lengua. El estruendo del choque de las espadas reverberaba como el martilleo de un herrero en la forja.

Estaba tan hecho polvo y tenía a sus oponentes tan pegados que había renunciado al elegante manejo de la espada que había cultivado en su juventud. Ahora repartía patadas, punzadas y porrazos con la hoja, guiándose por el instinto y empleando todos los trucos sucios que había acumulado como cicatrices a lo largo de las dos décadas que llevaba encadenado a la sombra del Matador. Una espada oxidada se deslizó a través de los jirones de su capa de lana de Sudenland y le golpeó en el omoplato. La armadura amortiguó la fuerza del impacto, pero el reciente moratón que tenía en esa zona del cuerpo no le dejó ninguna duda de que le habían dado. Apretó los dientes del dolor, levantó la espada para parar el golpe de una hoja ancha y la desvió con una maniobra que le dejó el cuerpo entumecido; esperó a que las vibraciones del impacto se propagaran por sus extremidades y propinó un rodillazo en el riñón al gor con cabeza de toro. Una flecha pasó silbando a escasos centímetros de la cara de Félix, a quien el dolor en la espalda no coartó para embestir con el hombro al hombre bestia, que perdió el equilibrio y se metió de lleno en la trayectoria de un hachazo dirigido a un espadachín que Félix tenía a su derecha.

La sangre roció la larga y descuidada barba de Félix y le pintó una careta caliente en la mitad derecha del rostro.

El otro soldado, cubierto con un maltrecho chaleco de malla de anillas y un jubón de color burdeos y dorado rebozado de barro, se quedó mirando a Félix con asombro, como si Sigmar en persona acabara de aparecer para castigar a sus enemigos. Félix habría estado encantado de presentar al soldado la profusamente decorada empuñadura con forma de cabeza de dragón de la espada *Karaghul*, pero otro hombre bestia sur-

gió de inmediato del tumulto con una alabarda. Félix le asestó un golpe con la parte plana de la hoja y le hendió el tórax con el golpe de retorno. Cuando se volvió a mirar, el soldado había desaparecido; al parecer, la lucha los había alejado.

Félix estaba demasiado mayor para aquello; más que demasiado. Tenía las articulaciones de un caballo de guerra viejo y aún le dolían de la batalla anterior con una partida de guerra kurgan en las ruinas de un puesto invernal de guardabosques. A raíz de ese incidente habían llegado a la conclusión de que incluso los caminos secundarios del bosque eran demasiado peligrosos para la marcha de un ejército. Se dejó llevar por los músculos entumecidos, parando golpes mecánicamente. Creía bastante probable que moriría en los siguientes diez minutos, o quince, tal vez, si los hombres que le rodeaban eran capaces de recordar lo que había intentado enseñarles durante la instrucción.

Félix aplaudió mentalmente su capacidad para ver el lado bueno de las cosas en las peores situaciones mientras echaba un rápido vistazo al tumulto buscando al guerrero del Caos. Sabía por experiencia (¡y cómo odiaba haberse convertido en una autoridad en la materia!) que los ejércitos del Caos, tal vez en este sentido sólo superados por los de las pieles verdes, depositaban toda su confianza en la fuerza y la personalidad de sus líderes.

Si consiguiera acabar con el guerrero del Caos...

Una hilera de carros, como los restos de un naufragio varados en la playa, se alzaba desde el tumulto donde Félix había atisbado por última vez la armadura de color azul oscuro del paladín. No había ni rastro de él ni de su camarilla de portadores de iconos y de músicos, pero Félix estaba seguro de que el guerrero seguía allí. Llevó la vista un poco más allá, donde unos pocos lanceros, o picas (estaba demasiado lejos para saberlo con certeza), con el uniforme de Hochland defendían la colina de una marea aparentemente infinita de rabiosos hombres bestia, en lo que estaba destinado a ser lo último que harían en la vida aquellos soldados a menos que alguien lo remediara.

El hecho de que ese alguien tuviera que ser una vez más Félix Jaeger, poeta, propagandista e insólito vagabundo, le hizo muy poca gracia.

Un estruendo ensordecedor hizo que devolviera toda la atención a la lucha más inmediata. Un gigantesco kislevita había bloqueado con el

hacha el golpe de su oponente y ahora medía la fuerza de sus bíceps con los del hombre bestia. Félix vio a otro hombre corneado y pisoteado por una bestia. Desde algún lugar del amasijo de cuerpos llegó un grito que sonó como un balido. Félix pensó que aquello parecía más una trifulca de taberna que una batalla; estaba asistiendo a una forma de violencia desatada y sin tapujos para la que las feroces bestias del Caos estaban sobradamente preparadas.

—¡Manteneos juntos! —gritó Félix, que echó a correr para ayudar al kislevita y abatió a su inopinado oponente por la espalda—. No luchéis por vuestra cuenta. No os batáis en duelos individuales. Permaneced junto a vuestros amigos y confiad en ellos.

—¡Jaeger! —vitoreó alguien con el fervor patriótico de un grito de batalla.

El kislevita repitió el grito con el marcado acento de su lengua materna y Félix se encontró de repente rodeado por un grupo de hombres que coreaban a pleno pulmón su nombre.

Una mezcla de ira y de pudor proporcionó a Félix la fuerza necesaria para clavar *Karaghul* en el cuello de un hombre bestia. El Caos que había arrasado Kislev y el Imperio había reducido a escombros ciudades enteras y destruido ambas naciones, y los hombres que habían quedado eran unos brutos aguerridos, piedras oscuras que se habían quedado en el tamiz, separadas de la harina más civilizada, y por alguna razón veían en Félix a un líder. Pero él no era distinto: un hombre intentando regresar a casa para reunirse con su familia. No había salvado a uno solo de ellos del Caos; simplemente los había juntado y les había indicado una dirección.

Altdorf.

Desterró de su cabeza los dolorosos recuerdos relacionados con su hogar y su decisión de abandonarlo cuando un fornido hombre bestia vestido con un jubón rojo de cuero y un yelmo con visera se abrió paso a través de la horda por el lado ciego de Félix enarbolando un hacha de guerra. Félix calculó que habían pasado cinco minutos. Siempre se había considerado un optimista. La bestia con el hacha se frenó en seco a un palmo de él y comenzó a toser sangre que salpicó la cara de Félix.

—El humano está conmigo —aseveró una voz que sonó como una bota de hierro frotada contra un cartílago de hombre bestia.

El hombre bestia manoteó débilmente el aire mientras sus pezuñas se despegaban del suelo, todavía con el hacha de metal estelar de Gotrek hundido en la base del espinazo. El Matador, como si levantar por encima de la cabeza un gor adulto cubierto de pesada armadura fuera algo que estaría encantado de repetir durante todo el día, esbozó una sonrisa maliciosa con los labios cortados y llenos de ampollas. Cada vez que el monstruo agitaba una pezuña para intentar golpearle la enorme cresta de pelo de color naranja le rociaba de sangre el cuero cabelludo.

—¿Es que tenemos que detenernos cada vez que nos topamos con un animalito desamparado? —dijo Gotrek. El brillo rojo de las runas de su hacha atravesaron la carne del hombre bestia y cubrió el cuerpo hinchado y tatuado del enano como si fuera un manto descolorido. Los pliegues de tejido cicatricial que cubrían la cuenca vacía de su ojo se llenaron de sombras púrpura—. Juré llevarte a ti de vuelta con la peque, humano, no a todos los hombres y enanos que encontremos entre Praag y Talabheim.

Félix hizo rechinar los dientes, adoptó una posición de guardia con la espada y dio la espalda al implacable enano. El solo hecho de mirar al que había sido su amigo le revolvía las tripas. Las manos del Matador estaban manchadas de sangre, y Félix sabía que no se las limpiaría por muchos hombres bestia que matara. Un juramento lo ataba a Gotrek, y esta vez ni siquiera era suyo. Si se encontraba ahora en esta situación no se debía a la estupidez propiciada por el alcohol, sino a la terquedad congénita de los enanos y a un sentido de la obligación completamente erróneo.

—¿Has visto a dónde ha ido el guerrero del Caos? —preguntó Félix al cabo, con la voz tensa.

—Eres exasperante, humano. ¿Cómo voy a mantenerte a salvo si te lanzas de cabeza a una horda de bestias para buscar a un paladín de los Poderes Oscuros?

—Frustrante, ¿verdad?

A la espalda de Félix se produjo un sonido como de acero saliendo de un cuerpo húmedo seguido de un ruido seco.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada.

Félix, aprovechando que a Gotrek Gurnisson lo rodeaba inevitablemente la muerte durante una batalla, se limpió de nuevo la sangre de

los ojos y examinó el grupo de lanceros de Hochland sitiados en la colina. Estaba convencido de haber visto que el guerrero del Caos se dirigía hacia ellos. Ya estaba a punto de compartir ese pensamiento con Gotrek cuando oyó lo que sonó como el grito de un niño procedente del lado opuesto. Se volvió rápidamente hacia allí, con Kat y un difuso sentimiento paternal en la cabeza, y sus ojos se posaron en una lejana y tenue neblina de astas de pica y humo de pólvora. Sus dedos apretaron la empuñadura de la espada y se le clavó en la carne el anillo de oro que llevaba en el anular.

Se volvió a mirar a Gotrek y le dolió más que un puñetazo en el estómago tener que pedirselo.

—¿Qué?

—Creo que hay familias allí.

Gotrek soltó un bufido. ¿Diversión, burla? Félix nunca sabía decirlo ni dedicaba el tiempo necesario a reflexionar sobre el enano.

—Si no vas tú iré yo.

La expresión del enano se endureció.

—¿Y perdiste de vista para que persigas a un guerrero del Caos? Por mi juramento, humano, que yo no iré.

—Ya sabes cómo son los guerreros del Caos. Se lanzará contra ti en cuanto... ¿Gotrek, te aburro?

Gotrek se tapó la boca abierta por el bostezo con una mano del tamaño de un jamón y sacudió la cabeza con los ojos somnolientos. De no conocerlo tan bien, Félix habría jurado que el enano estaba cansado. La cadena dorada que pendía desde la nariz del Matador hasta la oreja tintineó mientras deslizaba un dedo pulgar por el filo del hacha de acero meteórico hasta que le brotó una gota de sangre.

—Conozco el procedimiento, humano. Sólo indícame dónde está.

—¡Empujad! —rugió el sargento Sierck—. ¡Empujad como empujaron vuestras malditas madres!

Todos a una, los lanceros de Hochland repitieron el desafiante alarido de guerra de los hombres que acababan de aparecer del bosque y empujaron. Los hombres bestia bramaron y aporrearon los escudos de los soldados, y por un momento impusieron su fuerza, pero poco a poco la disciplina de los hombres de Hochland los obligó a retroceder colina abajo.

A pesar del terror que atenazaba a Markus Weissman, hasta el punto de que le temblaban los brazos, el granjero siguió empujando hasta que se le saltaron las lágrimas de los ojos. Habría huido de haber tenido la ocasión, pero estaban rodeados. Ahora había esperanza, un paladín, y lo único que tenían que hacer era luchar con un poco más de denuedo para llegar hasta él. Incluso ese débil rayo de esperanza resultaba demasiado deslumbrante.

Con la visión poblada de pequeños destellos, Markus echó un vistazo por encima del escudo y atisbó que el enano del hacha y el espadachín de la capa roja se separaban, y casi sintió el impacto cuando el enano se precipitó sobre la masa de hombres bestia como si fuera una piedra catapultada. ¡Cargaba en la dirección equivocada! ¿Por qué el enano se alejaba de ellos? Markus vio luego que el espadachín proseguía su avance hacia su posición y que el pavoroso guerrero que aún estaba en la base de la colina se detenía y se volvía a mirar la agitación que se había producido en su flanco. El demonio con la armadura desvió la mirada del grupo de Markus para dirigirla hacia el enano, y el granjero sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

¡El hombre y el enano iban a salvarlos!

Pero entonces el guerrero del Caos se volvió de nuevo hacia ellos, levantó indolentemente una mano recubierta por un guantelete y la mantuvo alzada mientras surgía de ella una cegadora llama negra.

Félix sintió un cosquilleo en la nuca y le recorrió un escalofrío. Estuvo a punto de no detener un golpe asestado por un hombre bestia con una tintineante cota de malla que consiguió arañarle el brazo con la espada. Félix estaba familiarizado con los pasmosos obsequios con que los Poderes Malignos eran capaces de bendecir a sus favoritos, pero tales regalos solían circunscribirse a lo prosaico: tentáculos, cuernos, musculatura, hojas más letales. Con el desasosiego recorriéndole el cuerpo como hiello derretido, Félix engañó a la bestia de la espada con una finta y lo destripó con un diestro tajo descendente; mientras recuperaba la postura, el monstruo se derrumbó sobre un cañón vuelto del revés y se partió el hocico chato de verraco.

Esta zona del campo de batalla estaba cubierto de los restos de lo que parecía un convoy de artillería. El suelo estaba sembrado de cañones de

bronce y de acero, como ataúdes en espera de ser enterrados. Félix lamentó que aquellas poderosas armas hubieran acabado destruidas antes incluso de haber podido ser disparadas; de lo contrario, la batalla podría haber transcurrido de una manera muy distinta.

Los carros destrozados que salpicaban el terreno como si hubieran caído directamente del cielo no permitían a Félix ver al guerrero del Caos, pero tampoco lo necesitaba. Acumulaba suficiente experiencia con hechiceros como para reconocer el malestar que le revolvía el estómago. La sempiterna buena fortuna de Félix había puesto ante él a un guerrero del Caos bendecido con tal vez el único obsequio contra el que no poseía los medios para defenderse. Félix besó el anillo de Kat y rezó pidiendo un milagro.

¿Dónde estaba Max cuando le necesitaba?

Markus sintió que el intestino se le enroscaba como una serpiente. Se le erizó el vello del dorso de las manos como si de repente hiciera un frío nocturno, y un escalofrío lo recorrió desde la cabeza hasta los pies. El guerrero del Caos se había convertido en un faro, una llameante columna negra que alcanzaba el cielo atormentado y cubría las hordas de hombres bestia desplegadas debajo con una sombra titilante. Markus nunca había sido demasiado cumplidor con sus plegarias, pero ahora mismo, a pesar de que los dioses le habían fallado en la defensa de su hogar, no se le ocurrían otras alternativas. Buscó con la mirada al héroe de la capa roja y un brazo rodeó el suyo.

—Que Sigmar nos proteja —dijo Ernst Höller.

—Que se apiade de nosotros —masculló Markus.

—¡Aguantad! —bramó Sierck, agitando la espada a través de la nube de aliento que le rebujaba el torso. La temperatura continuaba cayendo en picado, y la voz del soldado profesional denotaba preocupación. Eso perturbó a Markus casi tanto como el mismo hechicero—. ¡Demostremosles que el Impe...!

Nunca concluyó la frase.

Su espada enarbolada se prendió con fuego negro como si hubiera sido alcanzada por un rayo. En ese repentino destello, Markus vio los huesos del sargento silueteados contra la masa gris de músculos y carne que se retorció. Los hombres situados a ambos lados de Sierck

se pusieron a gritar cuando la ceniza comenzó a caer sobre las partes descubiertas de sus cuerpos y a prender sus ropas. Uno de ellos cayó de un porrazo propinado por un hombre bestia con gesto triunfal, pero lo único que pudo hacer Markus fue mirar paralizado por el terror. Una repugnante onda recorrió los restos carbonizados de Sierck y su pecho comenzó a hincharse.

Markus se recuperó del estupor y, llevado por alguna clase de instinto, tiró de su amigo Höller para colocárselo detrás y movió el escudo que estaba orientado hacia los hombres bestia para ponerlo de frente a su antiguo sargento. Un tentáculo anémico recorrido por ventosas y púas atravesó el escudo de madera, el chaleco de cuero curtido y surgió por su espalda.

—¡Estamos condenados! —gritó Markus justo antes de que un revoltillo de extremidades prensiles hiciera añicos su compañía.

Una explosión hizo volar la cumbre de la colina. La distancia y el fragor del combate más próximo hicieron que la escena transcurriera en un silencio inquietante, y Félix la observó como si el tiempo se hubiera ralentizado mientras el monstruo con tentáculos era reabsorbido por el Reino del Caos y se desataba una lluvia de fragmentos de cuerpos. Félix maldijo para sí y levantó un brazo para protegerse de lo que parecía un pulmón humano que se estrelló contra su antebrazo; sintió náuseas. El hombre bestia más próximo a él no mostró tanta preocupación ni tuvo tanta suerte, y lo que parecía una cabeza equina con un yelmo con cuernos impactó contra la parte superior de su cráneo como si fuera un proyectil de mortero. Se intensificó el estrépito producido por los despojos que caían del cielo.

Félix gritó para que los hombres que había a su alrededor se pusieran a resguardo y luego se lanzó de cabeza entre las ruedas de un carro de artillería. Se estremeció cuando algo pesado y que no le importó no identificar se estrelló contra las tablas encima de su cabeza, y a continuación se oyó un repiqueteo de huesos, como si fueran las cuentas desprendidas de un collar. Una aciaga imagen de vértebras cruzó la mente de Félix y las arcadas volvieron a acometerlo con fuerza.

«¿Qué le está pasando al mundo?», se preguntó. Después de tantos años de peregrinaje, Félix se había habituado a los peores horrores, pero

lo que estaba viviendo ahora era excesivo. Estaba enfermo y cansado, y lo único que quería era que todo se parase. Por enésima vez se preguntó si había hecho lo correcto al acudir en ayuda de aquellos desconocidos cuando podrían haber seguido su camino con total tranquilidad. Pero éste no era el Imperio que él recordaba ni el que él aún albergaba la esperanza de que fuera restaurado. No iba a discutir que su ausencia podía haberle otorgado una visión romántica de su patria, pero sólo había actuado como lo habría hecho cualquier ser humano decente, ya fuera de Ind o del Imperio.

El tamborileo sobre el armazón del carro fue perdiendo intensidad hasta convertirse en un esporádico golpeteo. Félix respiró hondo y salió a gatas por el lado más lejano.

La escena apocalíptica que le aguardaba no habría desentonado en las corrompidas llanuras de los Desiertos del Caos.

Por todas partes había restos de carros y de máquinas de guerra imperiales, cubiertos por cadáveres y salpicados de pedazos de carne sanguinolenta. Todo, incluso el aire, estaba recubierto por una pátina rosada que iba oscureciéndose hasta adquirir un color carmesí en la cumbre de la colina, desde donde se alzaba una pálida nube de humo con forma de hongo. Un fragor de combate resonaba esporádicamente entre los restos, pero por lo demás reinaba una calma apabullante, casi un silencio de estupefacción.

Félix, tumbado bocabajo en el suelo, se arrastró por las rocas resbaladizas por la sangre y se puso de rodillas. Estaba rodeado por cuerpos, la mayoría humanos, ataviados con oscuros tabardos de cuero que los identificaban como ingenieros de una de las facultades de Artillería de la provincia, si bien Félix no conocía lo suficiente las diversas instituciones del Imperio dedicadas a la ingeniería para saber con certeza a cuál de ellas pertenecían. Supuso que eso daba igual; si no era un lugar borrado de la faz de la tierra sería otro.

El cadáver que tenía justo enfrente estaba a medio devorar, y de la sanguinolenta herida en el vientre se derramaban los intestinos. Ceñida al cinturón del cuerpo había una pistola de cañón largo. Era evidente que el soldado había muerto sin tener siquiera la ocasión de sacar el arma. Félix se dijo que debía tomárselo como una especie de acto de misericordia y sin pensárselo dos veces cogió el arma del cuerpo. Un año

sobreviviendo en los páramos de Kislev y del Imperio invadidos por el Caos le había enseñado a no perder el tiempo. Poseído por un repentino ataque de melancolía, apretó la mano alrededor de la culata de nogal y recorrió el grabado del cañón con el dedo pulgar: el sello del fabricante, quizá. Félix se preguntó dónde estaría. ¿Seguiría en pie su ciudad? ¿Seguiría vivo? Se sacudió la sensación de desesperanza y se metió la pistola por debajo de los pantalones, apretada contra la cadera opuesta a la de la vaina de la espada. No vio balas ni pólvora por ninguna parte, ni tenía el tiempo ni las ganas de ponerse a hurgar en los bolsillos empapados en sangre del ingeniero. Se puso de pie.

La determinación de matar al guerrero del Caos se había convertido en una obsesión que le consumía por dentro. Si se hubiera parado a reflexionar sobre ello tal vez su resolución habría flaqueado, pero ahora mismo le dominaba la necesidad de destruir al hombre (a la encarnación del mal) capaz de causar una devastación como aquélla. No hizo el menor caso a las protestas de su estómago y regresó al carro; apoyó una mano sobre la pringosa capa que recubría las tablas de madera y se encaramó a él.

El cañón chato de un mortero yacía sobre el eje, atado con cuerdas y parcialmente tapado por una lona. Félix se acercó a él sin prestar atención al ruido de chapoteo que hacían sus botas al caminar y aprovechó la posición elevada para contemplar por primera vez en condiciones el campo de batalla.

La zona que rodeaba la colina había sido pacificada sangrientamente. Hombres bestia yacían en torno a la cima en círculos concéntricos, como si fueran los árboles derribados por un meteoro. En las proximidades de Félix, hombres que de tan manchados de sangre como estaban parecían cadáveres comenzaban a levantarse del suelo y a mirar la escena con expresión horrorizada. Félix plantó la bota sobre el cañón y se echó la capa hacia atrás para descubrirse el hombro. Seguramente componía una figura imponente, pero no se le ocurría otra manera de llamar la atención.

—¡Buscad a vuestros capitanes y reagrupaos junto al bosque! —bramó Félix, bajando el tono de la voz como había aprendido de su época (que ahora le parecía de otra vida) de estudiante de arte dramático—. ¡Y no olvidéis manteneros siempre juntos!

Félix dirigió la vista al sur, donde continuaba librándose una cruenta batalla, mientras los soldados, aturdidos por la explosión, se alejaban de los carros destruidos siguiendo sus instrucciones.

Al parecer, la retaguardia del ejército de Hochland había conseguido empujar los carros hasta formar con ellos un círculo defensivo. De las altas paredes de madera de los vehículos colgaban escudos, y estaban sembradas de lanzas. El zumbido de flechas y proyectiles era constante, y el rugido las armas de fuego estallaba esporádicamente como un trueno sobre la carnicería. La punta de la cresta de Gotrek se agitaba con vehemencia en medio del tumulto. Félix vio una unidad de *kossars* con largos abrigos abiertos que corrían en su ayuda con hachas y jabalinas y sospechó que se trataba más de un acto por la supervivencia que por valor. De todas las situaciones suicidas en las que Félix se había metido siguiendo a Gotrek, en la mitad de las ocasiones lo había hecho únicamente porque la alternativa (la posibilidad de afrontarlas separado del Matador) le había parecido en cierto modo peor.

Dio con su objetivo tras una breve búsqueda. El guerrero del Caos no tenía posibilidad de mantenerse oculto ni siquiera en medio de aquel grado de anarquía. Su guardia de honor montada hacía un disonante barullo con los tambores, los gongs y los retumbantes cuernos. El oscuro paladín se encaminaba directamente hacia Gotrek, y Félix tuvo la tentación de dejar que la naturaleza siguiera su curso. Y lo habría hecho con gusto de no ser por la gente atrapada dentro del círculo de carros. No quería ni imaginar la devastación que el guerrero del Caos era capaz de causar en ellos y no podía confiar en que a Gotrek le importara lo suficiente para ayudarlos.

El mismo impulso que una vez lo había llevado a introducirse en un castillo infestado de zombis aferrándose a la ínfima probabilidad de encontrar a Kat todavía viva le hizo saltar al siguiente carro, que había perdido la rueda posterior izquierda y estaba inclinado casi en perpendicular al suelo; pero esta vez la superficie pringosa jugó a favor de Félix y consiguió mantener el equilibrio con un simple balanceo de los brazos. Bajó de un salto.

Un hombre bestia cargó de inmediato hacia él con la intención de embestirlo con sus cuernos de toro. Félix lo engañó con una finta y la criatura se rompió la crisma contra el duro chasis de madera del carro.

Félix echó a correr hacia el siguiente carro, que apenas era un amasijo de maderas destrozadas sobre ruedas. Se estremeció cuando sintió una punzada de dolor en la espalda magullada; sujetó la espada cerca del pecho y miró a su alrededor parapetado detrás de los hierros retorcidos de la estructura del vehículo.

Tenía al guerrero del Caos a una veintena de pasos de distancia, pero caminaba en sentido contrario a él. Era tan alto que sus hombros quedaban a la misma altura que la de los jinetes que lo acompañaban sobre sus monturas, y su armadura del color de la dulcamara resplandecía en medio de los cuerpos tatuados de sus seguidores como una vela solitaria que se llevara hacia las profundidades del bosque. Félix había llegado al último parapeto, pero aún no confiaba en sus posibilidades para enfrentarse a tantos guerreros de aspecto imponente y a un paladín de los Poderes Oscuros. Si pudiera actuar rápido, si pudiera cogerlo por sorpresa...

Félix se obligó a desterrar esas ideas, pues no iba a sacar nada provechoso si seguía ese camino. Se había enfrentado a los vástagos del Caos en más de una ocasión y salvo una vez, en la que por pura suerte él y Ulrika habían derrotado a Aekold Helbrass, nunca había salido ganando.

Un guerrero no salía victorioso de la competición con el resto de sus iguales y sobrevivía varias décadas de disputas para convertirse en un paladín del Caos a menos que poseyera una fuerza muy superior a la de Félix Jaeger. Félix maldijo para sí y empuñó la espada de una manera más práctica que como estaba haciéndolo hasta ahora, preparado para asestar un golpe mortal.

Hasta allí había llegado.

—¡Tío!

Félix se volvió hacia el origen del grito y, como siempre, cuando vio a su sobrino con la armadura de escamas de color marfil y blandiendo el pesado sable de la caballería gospodar pensó por un momento que estaba ante un fantasma. Intentó tranquilizarse. No era un espectro que le apeteciera volver a ver.

Gustav Jaeger estaba rodeando un carro situado a cierta distancia detrás de Félix y un poco a la derecha. El vehículo yacía de tal manera que le permitía a Félix ver a los antiguos miembros de la compañía libre, fuertemente armados y cubiertos de los pies a la cabeza por la armadura, desfilando detrás de su sobrino. Cuando llegó a la rueda de-

lantera, Gustav miró a su alrededor, profirió una maldición y se echó hacia atrás.

—Dime que no estás pensando lo que creo que estás pensando.

Félix optó por no responder. Un millar de leguas de mugre se habían acumulado bajo las escamas de la armadura de Gustav como la tierra debajo de las uñas de un sepulturero. De la negra piel de lobo con la que se envolvía los hombros sobresalía una flecha que, tras el repaso mental que Félix hizo del armamento del enemigo, sólo podía haber sido disparada desde su propio bando. Gustav llevaba la larga cabellera rubia recogida en una coleta con una tira de tela negra. Tenía una de las manos vendada rudimentariamente, perro aferraba su estrafalaria arma con firmeza. No era el mismo arrogante hijo de papá que había salido de Badenhof.

Ya se había ganado la arrogancia por méritos propios.

—¿Tú y tus hombres no deberíais estar protegiendo el flanco derecho? —preguntó Félix.

—Quizá no te hayas percatado, pero no tenemos flanco derecho. De todos modos tengo el presentimiento de que estás a punto de hacer algo rayano en la heroicidad.

Félix meneó la cabeza. ¿Por qué Gustav siempre tenía que convertir todo en un melodrama? Mientras consideraba sus opciones, un kislevita ataviado con un abrigo de cáñamo lleno de remiendos, engalanado con cintas y con botones de vivos colores, recorrió la línea de soldados con el cuerpo encorvado y el arco tendido ante sí, en cuyos extremos corvos revoloteaban borlas. Gustav y el resto retrocedieron, y Kolya se colocó en posición; una flecha apareció de la nada en su mano y la situó en el arco. Su abrigo carecía de mangas (la primavera en el Imperio era demasiado calurosa para los hombres «civilizados») y los músculos de sus brazos desnudos se tensaron tanto como la cuerda del arco. Apuntó a la espalda del guerrero del Caos, se relajó e hizo descender el arco.

—Dispara de una vez —dijo Gustav—. No te recrees.

Kolya aspiró por la boca y el aire entro a través de los huecos de su dentadura.

—¿A una armadura del Caos? ¿Desde esta distancia? Si vas a cazar un oso con un palo, el palo debería ser muy largo y afilado, ¿verdad?

—Te crees que todas esas cosas que dices te hacen parecer inteligente, ¿verdad? —dijo Gustav.

—Es la sabiduría del *oblast*, amigo Gustav.

—Bueno, pues a mí me parece que te lo inventas sobre la marcha.

—Eso me haría aún más inteligente, ¿no?

—¿No deberías estar al lado de Gotrek? —preguntó Félix, interrumpiendo la discusión y con un ojo puesto en el guerrero del Caos.

—Hace falta algo más que un puñado de bestias para acabar con el *zabójka*, Imperio. Y si lo consiguen —el antiguo lancero se encogió de hombros con indiferencia—, tal vez él prefiera que yo no lo vea.

Félix frunció el ceño. Se dijo que las deficiencias profesionales como cronista del kislevita no eran asunto suyo, aun así no pudo evitar que le molestaran un poco. Sacó la pistola sin pensar. «Muy largo y muy afilado». Sabía por experiencia que la ciencia del Imperio distaba mucho de los fabulosos artefactos de destrucción de los enanos, pero en cualquier situación apostaría por una pistola bien hecha incluso contra una armadura del Caos. Una pena por lo tanto que no estuviera cargada.

—¿Alguien de vosotros sabe usar una de éstas?

—Pásamela —dijo Gustav.

Félix la arrojó por encima de la cabeza hacia su sobrino, quien la cazó al vuelo con la mano sana.

—¿Dónde está Max? —preguntó Kolya mientras Gustav examinaba el cañón de la pistola y la recámara.

«Una buena pregunta», pensó Félix. Max los había sacado a todos de Praag prácticamente él solo en la demostración más asombrosa de poder de un solo ser que Félix había visto jamás, pero desde entonces no había vuelto a ser el mismo. Félix oteó de nuevo el campo de batalla asomado por encima de la pared del carro destrozado. El guerrero del Caos y su séquito seguían alejándose e iban saliendo del radio de alcance de las armas. Max habría despojado de la armadura pieza a pieza a aquel hechicero y luego habría destruido lo que quiera que quedara debajo.

—¡Ten!

Félix se volvió a mirar atrás justo cuando Gustav le lanzaba la pistola. El lanzamiento salió largo y obligó a Félix a salir de detrás de su parapeto para cogerla. Soltó un suspiro de alivio cuando el arma no se disparó ni se le escapó de las manos. Tal vez estas armas modernas fueran poderosas, pero de lo que no cabía duda era de su temperamento. Levantó el arma empuñada con ambas manos, cuidándose de no mantener completamen-

te rígidas las articulaciones para no llevarse un culatazo cuando disparara y avanzó con rapidez hacia el guerrero del Caos. Tenía que acercarse un poco.

Apuntó siguiendo la trayectoria del cañón. El corazón le aporreaba el pecho. Siempre había tenido buena puntería.

Pero sólo disponía de un tiro.

El cabo Herschel Mann, el último oficial de Hergig, acometió la cabeza herida de un hombre bestia con la punta de su escudo de lágrima y dejó salir todo su pánico apenas contenido con un rugido. Tenía la garganta irritada del humo que había aspirado y de los bramidos con los que había repartido órdenes. Alzó el escudo abollado y lo golpeó una vez con la empuñadura de la espada. Ni siquiera él oyó con claridad el ruido. El humo de la pólvora le taponaba la nariz y los oídos. En el interior del círculo de carros, atestado de gente, la mayoría herida y gritando, flotaba un aire abrasador y cargado de azufre.

Herschel trató de convencerse de que aun así era preferible a lo que había fuera. Era un hombre sencillito, el hijo de un leñador sin más ambición que una casa en el distrito de los oficiales, una pensión modesta tras la jubilación y un puñado de nietos que lo vieran morir de viejo. También sabía que su imaginación era limitada. Sus superiores de familias nobles le habían elogiado con frecuencia esa virtud, que le había resultado muy útil mientras las ciudades sucumbían una detrás de otra al avance imparable del Caos. Pero ni siquiera él se libraba de hacerse preguntas.

¿Cómo era capaz Sigmar de permitir que estuviera ocurriendo esto?

Uno de los carros se tambaleó, como golpeado por la porra de un gigante, y los soldados de Hochland y los hombres bestia que estaban luchando sobre él salieron disparados. Astillas y esquirlas volaron en todas direcciones, y Herschel comprendió que los que estaban luchando al otro lado del círculo de vehículos se habían hartado de intentar superar el obstáculo por arriba y habían decidido atravesarlo sin más. El carro se partió por la mitad y se desparramaron fragmentos de madera como si fueran las crines de caballo del relleno de un almohadón desgarrado. Los hombres caían de rodillas sin poder respirar.

Herschel, tosiendo, alzó la espada y el escudo. No había llegado a formar la familia a la que siempre había dado tanta importancia, pero

estaba dispuesto a dar la vida por sus hombres. Lo que quiera que estuviese viniendo hacia ellos no podía ser peor que lo significaría el fracaso.

El final.

Un par de hombres bestia atravesaron la nube de astillas a la carga, con los ojos desorbitados y espumajeando por la boca. Sin tiempo para reaccionar, Herschel vio destellar un hacha monstruosa y el primer hombre bestia se desplomó con un tajo en las piernas; el segundo lanzó un balido de pánico en el instante previo a que el hacha le hendiera la espalda. Herschel Mann bajó el escudo y contempló boquiabierto cómo un enano de aspecto horrendo pisoteaba el cadáver del hombre bestia, cuyas vértebras crujieron de una manera horripilante, y luego remataba despiadadamente a su compañero, que trataba de huir a gatas. El enano era una masa fibrosa de abultados músculos, cubierta de cicatrices y atroces tatuajes y encorvada por el peso descomunal de su hacha. Una cresta de pelo teñido se alzaba desde su cabeza afeitada hasta superar la altura de un hombre.

La mirada de Herschel se cruzó con la del único ojo del enano con la intención de darle las gracias de todo corazón en su nombre y en el de sus hombres, pero algo hizo que se quedara mudo. El otro ojo del enano era un nudo de tejido cicatricial, como si algún terror indescriptible le hubiera arrancado la vista. Era como mirar el cañón de un arma de fuego. Pero el ojo sano era peor. Herschel habría podido enterrar cadáveres con más sentimiento en la mirada.

El enano sopesó el hacha mientras paseaba la mirada por el grupo de supervivientes; frunció los labios en una expresión que sólo podía interpretarse como de decepción y a continuación gruñó y regresó a la lucha.

Félix entornó los ojos y trató de concentrarse en su objetivo, pero cuanto más atención ponía, más empeñada en distraerse parecía su cabeza.

Vio a Kat y la casa que habían compartido con su hermano en Altdorf. No había sido feliz en ella, pero con la perspectiva que le daba el tiempo, pensó que quizá debería haberlo sido. Su hija, porque por alguna razón que no sabía explicarse había decidido que era una niña, ya debería tener un año. Intentó imaginársela, pero se dio cuenta de que era incapaz de hacerlo. Sabía en lo más profundo de su corazón que Kat, Otto, Annabella y todas las personas que había dejado en Altdorf, si no

habían muerto, por lo menos habían desaparecido para siempre de su vida. Este guerrero del Caos en particular no tenía ninguna responsabilidad personalmente en ese hecho, pero a Félix, hundido como estaba hasta los tobillos en vísceras y sangre y apuntándole con la pistola al peto de la armadura, le parecía un candidato tan idóneo como cualquier otro para cobrarse una pequeña compensación por todas sus desgracias.

Un hombre del norte tocó el gong con un mazo y el sonido reverberante se alzó por encima del fragor de la lucha y de los gritos. El caballo que montaba resopló cuando le gritó algo que Félix, de tan absorto que estaba, no acertó a descifrar.

Se concentró en la respiración para borrar de la cabeza toda distracción, tal como había observado que hacían los tiradores experimentados, e incluso Kat con el arco antes de un disparo importante. Brotaron gotas de sudor que se interpusieron entre la palma de su mano y la tallada culata de nogal. Un disparo. Todo se reducía a eso. Lo más probable era que después el séquito al completo del guerrero del Caos cargara contra él, a menos que los hombres de Gustav llegaran antes a su posición. Desterró ese pensamiento. Lo que ocurriera después ya parecía carecer de importancia.

Ante la mirada atenta de Félix, la oscura armadura del color de la dulcamara perdió nitidez y se convirtió en una musculatura amoratada, y las runas brillantes como estrellas y las púas metálicas se retorcieron hasta adquirir el aspecto de tatuajes.

Félix odiaba lo que había hecho de él el tiempo que le había tocado vivir. Pero lo peor de todo era que tenía la certeza de que no tenía que haber sido así.

—Maldito seas, Gotrek Gurnisson —masculló.

Y a continuación disparó.